



## CICLO TESOROS DE LA BNE

**Maquiavelo y la Modernidad:  
500 años leyendo *El Príncipe* en la BNE**

**10 de diciembre de 2013, 11.00 h.  
Inauguración de la muestra**

El 500 aniversario de la redacción de *El Príncipe*, ha movido a la Biblioteca Nacional de España a participar junto con el Centro de Estudios Constitucionales y Políticos, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Salamanca y la Universidad Autónoma de Madrid, en una serie de actos que, promovidos por la Embajada de Italia en Madrid y el Instituto Italiano de Cultura, trasladan a la opinión el mensaje de la importancia de Maquiavelo y su obra en el actual momento político.

La Biblioteca Nacional de España presenta en su museo una escogida muestra de una decena de ejemplares de las obras de fondo antiguo (hasta 1831) de Niccolò Bernardo di Machiavelli que custodia la institución; dicho fondo, entre los más de 300 títulos en latín, italiano, francés y castellano citados en la bibliografía de Enrique Body, cuenta con dos opera prima de la edición romana de Antonio Blado de 1532.

Auténtica pieza bibliográfica de enorme rareza de la que son contados los ejemplares conocidos en el mundo, se incluye en la selección realizada por **Eloy García** (catedrático de Derecho constitucional). La selecta muestra se inaugurará el **10 de diciembre** (fecha exacta del 500 aniversario de la famosa carta de Maquiavelo en la que da cuenta de haber escrito *El Príncipe*).

El Consejo Regulador de Denominación de Origen Vinos de Madrid ofrecerá un vino de Madrid.



### PROGRAMA COMPLETO DE ACTIVIDADES:

[http://www.bne.es/webdocs/Actividades/ciclos/Actividades\\_Maquiavelo.pdf](http://www.bne.es/webdocs/Actividades/ciclos/Actividades_Maquiavelo.pdf)



El 10 de diciembre de 1513, Nicolás Maquiavelo escribía a su amigo Francesco Vettori:

*“Llegada la tarde, vuelvo a casa y entro en mi escritorio. En el umbral me despojo de la ropa de cada día, llena de fango y porquería, y me pongo paños reales y curiales. Vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde – recibido por ellos amigablemente- me ‘pasco de quel cibo que solum é mio’ y para el que nació. No me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles la razón de sus acciones y ellos por su humanidad me responden; durante cuatro años no siento pesar alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me acobarda la muerte: me transfiero por completo en ellos ... he anotado aquello que por su conversación he hecho capital, y he compuesto un opúsculo De Principatibus, en el cual profundizo cuanto puedo en las particularidades de este tema, discutiendo qué es un principado, cuantas son sus clases, cómo se adquiere, cómo se conservan, por qué se pierden.”*

Esta es la primera noticia en que tenemos constancia de la redacción de *El Príncipe*. Durante años el pequeño breviario circularía en copias manuscritas (algo que volvería a suceder en la España de finales del XVI como acredita el manuscrito ológrafo que obra en los fondos de la BNE) y sería objeto de pública lectura y discusión en las reuniones cívicas de los más ilustrados habitantes de Florencia. Su destino parecía ser pues, en principio, el que correspondía a los textos redactados antes de Gutenberg, la transmisión dentro de un restringido círculo, fundamentalmente por medio de comunicación oral. Sin embargo, la imprenta muy pronto cambiará las tornas: en 1532, Antonio Blado, el editor romano, publicará la primera edición del libro, cinco años después de la muerte de Maquiavelo (dos ejemplares de esta ‘*editio princeps*’, piezas rarísimas, se encuentran entre los fondos de la BNE y forman parte de esta exposición). Le seguirá, casi inmediatamente, la edición florentina de Bernardo di Giunta de ese mismo año. Estamos en suma, ante un perfecto ejemplo de cómo ha surgido el libro moderno; un manuscrito que comienza como tal, y termina convertido en libro. Un libro que es la expresión de la modernidad misma y que como tal, resulta ser el texto más citado de los últimos 500 años, el libro de referencia de los hombres en el tiempo de la modernidad.

En efecto, desde 1513, ninguno de los grandes pensadores que han dejado su impronta en el

mundo, han sido capaces de resistir la tentación de dejar escrita su lectura – o mejor dicho relectura - de *El Príncipe*. Desde los más inmediatos contemporáneos de Maquiavelo, como Guicciardini o Paruta, hasta los autores posteriores como Bacon, Descartes, Hobbes, incluyendo por supuesto, los grandes pensadores que llegan hasta nuestros días, Locke, Montesquieu, Rousseau, Constant, Hegel, Marx, todos los estudiosos que han contribuido con su pensamiento a la cultura moderna, tienen y han tenido en *El Príncipe* de Maquiavelo su referente. Y es que *El Príncipe* de Maquiavelo se ha convertido en un clásico – en el sentido que Italo Calvino confiere al término – en la medida en que es la máxima expresión de la modernidad misma.

Muchas son las lecturas que sobre *El Príncipe* se han venido efectuando a lo largo de 500 años, pero todas, de una u otra forma, coinciden en una apreciación común. *El Príncipe* narra haciendo uso de un lenguaje claro, conciso, aparentemente sencillo y directo, la labor del hombre que crea lo nuevo, el príncipe nuevo que actúa sin atenerse a la tradición ni al precedente, y provisto sólo de un arma, de su propia ‘*virtù*’. En esa lucha entre el hombre y su obra, y en el conflicto que le plantea un vivir existencial (Fortuna) que como histórico nunca puede ser estable (‘*mantenere lo stato*’ es según Hexter la frase que más se repite en *El Príncipe*), están situadas las coordenadas claves de este breviario mágico.

Esas son las coordenadas claves, la lucha del hombre, la Fortuna, el tiempo como factor de medición de las acciones humanas, la 'virtù' para afrontar los desafíos. La astucia y oportunidad para aprovechar los acontecimientos, son los factores que permiten al hombre labrar su propia vida al margen de todo factor telúrico o religioso. En eso consiste la modernidad, en que el mundo lo hacen los hombres. Por eso hay un Maquiavelo político, como también un Maquiavelo para economistas, periodistas, filósofos, juristas, ingenieros, especuladores, millonarios, poderosos... *El Príncipe* es el tratado en que mejor se expresa lo que para el hombre moderno representa la lucha contra el mundo que él mismo construye con su obrar.

Vinculado con este mensaje, mucho se ha discutido a propósito de si Maquiavelo era o no maquiavélico. Es decir, respecto de si la lectura negativa de *El Príncipe* como manual del arte del poder, que defiende su más conocida y divulgada interpretación (la palabra "maquiavélico" como encarnación del mal que recogen los diccionarios que codifican el hablar vulgar) está presente o no en la intención del autor al redactar su obra. Con independencia de que los más recientes estudios desmienten esa interpretación, y de que autores como, sin ir más lejos, Max Weber en su *La Política como vocación/profesión* de 1919 ("quien entra en política firma un pacto con el diablo... el medio decisivo de la política es la violencia"), respondan mucho mejor que el florentino, al arquetipo de la Cultura del poder, lo cierto es que la única manera de intentar acercarse al ánimo de Maquiavelo cuando escribió su libro, es situarse en su contexto histórico-discursivo y analizar el conjunto de su obra.

- Su contexto discursivo, nos descubre un hombre de inteligencia precoz que en su previa acción política como embajador y alto funcionario de la República, había discutido con sus compatriotas florentinos los remedios ante una coyuntura que se estaba volviendo año a año más angustiosa para la ciudad-estado. Ciertamente las actas de las 'practicis' de los siglos XV y XVI exhumadas por Gilbert, nos desvelan cómo las preocupaciones de Maquiavelo eran compartidas por las grandes inteligencias coetáneas que participaban en el gobierno de la Ciudad, y por eso mucho de lo escrito en *El Príncipe*, está dicho y recogido ya en los previos *Escritos de Gobierno* (véase al efecto la edición española de María Teresa Navarro Salazar). Pero Maquiavelo, a diferencia de lo que sentían sus coetáneos, y por encima de lo que opinaban sus vecinos y paisanos, era consciente de que lo que estaba pasando iba más

allá de simples hechos novedosos. El cambio histórico en forma de diosa Fortuna, había transformado el mundo. Y como afirma en su *Discurso de la Lengua*, ha transformado a los hombres y a su forma de existencia. Lo Nuevo es de una profundidad tal, un choque de dimensiones radicales, que es necesario repensar lo Antiguo para saber qué es posible salvar de su legado en el mundo de los Modernos. Cuáles son los límites y el alcance del cambio y cómo actuar frente a él para salvar el existir humano se está preguntando en última instancia Maquiavelo.

Cuando Maquiavelo se formula esta pregunta, está intentado dar respuesta en el orden de los valores, de las creencias y en definitiva en el mundo del pensamiento, a la gran ruptura que se había producido en Europa dos siglos y medio atrás. Como demostrara en su día Lewis Mumford (véase por toda su obra *Técnica y Civilización*), el gran cambio que supone el tránsito de la Civilización natural a la técnica no se opera en el siglo XIX, sino a partir del XIII, cuando los europeos aplican a la vida la tecnología que aprenden de sus viajes a Asia. Ello les permitirá conquistar el mundo y crear una realidad nueva, que se impondrá bastante antes de que los hombres sean capaces de construir un aparato cognoscitivo adecuado para explicar en términos de pensamiento la nueva realidad. El mundo nuevo surge palmariamente en Europa, mucho antes de que los europeos dispongan de las categorías mentales necesarias para entenderlo. Y es aquí justamente, donde adquieren todo su sentido textos como *El Príncipe* de Maquiavelo. La primera obra que se propone afrontar la vida desde el reconocimiento del hecho nuevo: el hombre crea el mundo, y se enfrenta a él desprovisto de más armas que su propia inteligencia. *El Príncipe* de Maquiavelo es en suma, el primer libro moderno y se mueve de lleno en el ámbito de la Cultura de la Política.

- Pero en segundo lugar, no es correcto reducir a Maquiavelo a *El Príncipe*, entre otras razones porque su obra es en realidad, un sistema integrado con contradicciones y aporías, pero una unidad a fin de cuentas. Y los debates en relación a la vinculación de *El Príncipe* con los *Discursos* así lo acreditan.

En este sentido, la exposición acompaña varios ejemplares de *El Príncipe* con otras obras menos conocidas de Maquiavelo que genéricamente están recogidas en las diversas ediciones de Obras Completas. Los *Discursos* (obra tampoco publicada en vida de su autor), *Historias Florentinas*, *El Arte de la guerra*, *La vida de Castruccio Castracani*, o la literatura que se expresa en forma de teatro (*La*

*Mandrágora*, estudiada entre nosotros por Helena Puigdomenech) o poesía (*El Asno de Oro*), son prueba tanto de la polifacética preocupación del florentino, como de su activa militancia en la corriente humanista.

En un Humanismo que, desde los ensayos de Hans Baron, conocemos como cívico. Y esa es, posiblemente, la mejor y única caracterización e intento de tipologización en que cabe encuadrar la obra de Maquiavelo, en el humanismo. Maquiavelo creía firmemente en el hombre y en su capacidad para dominar y transformar el mundo. En *El Príncipe* de Maquiavelo se contienen enseñanzas para imponerse a los acontecimientos, para que el hombre situado ante lo nuevo, ante lo desconocido, lo que no tiene precedente, no se deje vencer por ello, no se deje sorprender ni dominar por los acontecimientos.

Lo anterior nos da testimonio de un Maquiavelo muy humano, extraordinariamente humano, que también se hace oír en la correspondencia con sus amigos y familiares próximos. Como en aquella famosa carta – posiblemente la última que escribiera- en que, dirigiéndose a su querido hijo Héctor, le encarece:

*“Ma bisogna che tu impari, et poiché tu non hai piú scusa del male, dura fatica in imparare le lettere et la musica, ché vedi quanto honore fa a me un poco de virtù che io ho; sí che figliuolo mio, se tu vuoi dare contento a me, et far bene et honore a te, studia, fa bene, impara, ché si tu ti aiuterai, ciascuno ti aiuterà.”*

Finalmente y para concluir, habría que preguntarse ¿Qué queda de Maquiavelo hoy? ¿Estamos ante un muerto o un vivo de la cultura Política de la Modernidad? La propia pregunta lleva implícita su respuesta. Vivimos, bien es cierto en un momento complicado, en el que los avances de la modernidad están siendo puestos en cuestión. E incluso más que ello, lo que se objeta directamente es el propio paradigma, el conjunto de saberes y verdades admitidos que soportan la noción misma de modernidad. Hay quien habla de modernidad cansada, de postmodernidad, de crisis, de declive, de decadencia... Nos encontramos, en definitiva, ante un tiempo en el que, como hace 500 años, el mundo se ha puesto en movimiento y ha roto

los cauces formales por los que discurría la corriente. Nada de lo que nos sucede parece tener precedente. Cuanto acontece no tiene ejemplo, no responde al parangón de los hechos conocidos, y nuestro esquema conceptual para entenderlo, como en el Renacimiento, parece haberse quedado obsoleto para afrontar tanto hecho nuevo.

En este contexto, no es casual que desde los años 40 del pasado siglo XX una corriente de pensamiento, propiciada por las relecturas de Baron y Gilbert, haya hecho de Maquiavelo todo un clásico redescubierto. Isaiah Berlin, John Pocock, Quentin Skinner, Leo Strauss, Harry Mansfield, Louis Althusser, Claude Lefort, son algunos de los prestigiosos hombres que han hecho de la relectura de Maquiavelo una clave para entender la situación del mundo moderno en su actual fase crítica.

Y no es banal la tarea que se imponen, porque tras ella subyace una pregunta capital para nuestro mundo y el actual estado de nuestra civilización ¿Tiene Maquiavelo respuestas para lo que está sucediendo? Hasta ahora *El Príncipe* representaba una pieza clave en sistema de respuesta basado en la idea de hombre, concebido para afrontar el mundo. Por eso precisamente era un clásico. Porque estaba vivo. Pero de no ser así, de no contener ya respuestas a las nuevas realidades, habrá que derivar la conclusión de que la modernidad y el humanismo que la alumbró han muerto, y que la historia camina ahora por unos derroteros que no son ya históricos en el sentido que todavía hoy concedemos al concepto Historia. El tiempo por venir nos dirá si esto es o no así, pero en todo caso el gran secreto de *El Príncipe* como libro habrá sido el de haber encarnado plenamente toda una época y una forma de existir del ser humano.

**Texto de Eloy García**